



La habitación oscura
ISAAC ROSA

Un grupo de jóvenes decide construir una «habitación oscura»: un lugar cerrado donde nunca entra la luz. Al principio la utilizan para experimentar nuevas formas de relacionarse, para practicar sexo anónimo sin consecuencias, por una mezcla de juego y transgresión. A medida que van enfrentándose a la madurez con sus decisiones, desengaños y reveses, la oscuridad se convierte para ellos en una forma de alivio.

Con el paso del tiempo, la incertidumbre social y la vulnerabilidad personal se instalan en sus vidas y la habitación oscura aparece entonces como un refugio. La realidad se va filtrando cada vez más al interior, mientras algunos piensan que no son tiempos de esconderse sino de contraatacar, aunque con sus decisiones pongan en riesgo al resto del grupo.

La habitación oscura es una exploración de las posibilidades literarias de la oscuridad pero también, una mirada generacional: un retrato de quienes crecieron confiados en la promesa de un futuro mejor que ahora ven alejarse. A través de las vidas de quienes a lo largo de quince años entran y salen de ella, vemos el duro despertar a la realidad de una generación que se siente estafada.

*A Marta, por toda la luz.
Y a Elena Ramírez, que cuando lee alumbra.*

UNO

No te quedes ahí. Vamos, entra, ya estamos todos. Tras la cortina, la puerta: está abierta, solo tienes que empujarla, mientras en tu espalda pesa la tela que se cierra dejando atrás la escasa luz del pasillo. La puerta cede sin esfuerzo, y al avanzar un par de pasos sientes que la oscuridad se ha solidificado en tu cara, áspera, pero no: es el segundo cortinaje, que pende de una barra en semicírculo para no entorpecer el recorrido de la puerta. Parece una exageración, dos cortinas, pero solo así estamos seguros de que no se filtra ni una aguja de claridad cada vez que alguien entra o sale de la habitación oscura. Es un paño corrido, deja de manotear para abrirte paso: solo puedes franquearlo por los laterales, a la manera en que accedes a un templo. Una vez dentro buscas referencia en la pared más próxima: apoyas la mano en la superficie mullida. Desde ahí puedes continuar por el perímetro, sin soltar el tabique; o dar unos pasos hacia el centro de la estancia, con las manos adelantadas. No hay riesgo de chocar con ningún mueble, ya lo sabes, todo el mobiliario se limita a tres colchones alineados en la pared del fondo y un par de sofás en los laterales. La precaución de adelantar las manos es por los ocupantes de la habitación oscura, para no chocar. Aunque nunca hemos sabido al entrar cuántos estaríamos ya dentro, si había alguien en un rincón o eras el primero en llegar, hoy sí estamos todos. Solo faltabas tú y ya has llegado. Busca tu sitio, encuentra un trozo de pared donde no haya nadie apoyado, ve palpando los cuerpos a tu paso, sentados en el suelo como rocas agrupadas, hasta que después de tocar una

cabeza no haya otra próxima, y déjate caer ahí, cierra el círculo. No hables, no preguntes, sabemos que hoy es un día especial, diferente, pero nadie ha querido romper el silencio que ha sido inseparable a la oscuridad desde el primer día. Todos hemos entrado como si fuese un día más: por separado, hemos dejado los zapatos en el pasillo, agitamos apenas el aire interior al abrir la cortina, hemos parpadeado en el vacío y recibido en la piel ese calor denso que siempre nos ha electrizado. Algunos llevábamos mucho tiempo sin venir, y al llegar tenemos el reflejo primerizo de girar la cabeza en todas direcciones buscando ese mínimo rasguño de luz que las pupilas necesitan para reconstruir el mundo, para dar al espacio un límite, pero no hay nada. No es oscuridad absoluta porque sabemos que no existe tal cosa, es el ojo quien no consigue ver esa mínima luz que permanece hasta en la sima más profunda como un brillo residual e indestructible. Pero esto es lo más parecido al absoluto, no hemos conocido oscuridad igual en otra parte aunque lo intentásemos: en casa, donde por mucho que bajes la persiana y cierres cortinas y puertas, siempre se filtra un hilo de luz que excita las pupilas y ensanchadas acaban por distinguir algo, un volumen, una sombra más espesa que las otras. Aquí no. Tampoco el silencio existe en términos absolutos, lo sabemos, por mucho que nos empeñamos en insonorizar la habitación oscura. Cuando termines de acomodarte en el suelo y cese el rozar de ropa y crujir de articulaciones con que has atronado desde tu llegada, entenderás por qué hoy tampoco hablamos, por qué pese a lo mucho que tenemos que decirnos hemos preferido preservar este silencio que nunca es total: incluso cuando estuvimos a solas aquí dentro, cuando no había ninguna respiración próxima, ni roce, ni chasquido de lengua o deformación de colchón, era nuestro propio cuerpo el que hacía vibrar el fondo del oído: la respiración, el pulso, el retorcerse de las tripas, el zumbido vivo del organismo amplificado cuando el oído no encuentra un sonido externo al que confiarse y en-

tonces se vuelve hacia dentro y busca. Hoy queremos apurar hasta el último instante este silencio, porque esto es una despedida, ya lo sabes: esto se acaba, es el fin de la habitación oscura, así que disfruta por última vez la falta de luz y de sonido, aspira con fuerza antes de perder este olor que todavía la memoria retendrá un tiempo al salir: un engrudo de muchos olores que espesan la atmósfera cerrada, este aire picante que se te cuela en la nariz cuando cruzas la segunda cortina, acumulado durante años como una enorme bola hecha de trapos viejos que si pudiésemos separar y aislar iríamos reconociendo uno a uno. Aspira con fuerza porque no volveremos a olerlo, es el final: hoy el tiempo se pliega sobre sí mismo, un folio doblado en dos mitades para que principio y fin se superpongan, para que este último día coincida con aquella primera tarde en que también estábamos aquí todos como hoy: sentados en círculo y callados, en aquella ocasión dando la bienvenida a la habitación oscura con la misma devoción con que hoy la despedimos. Tiempo plegado, o más bien tiempo circular, como si hubiésemos vuelto a la casilla de salida, como si un parpadeo hubiese durado quince años y en realidad nunca nos hubiésemos movido de aquí. El recuerdo estalla en el centro de la habitación y nos recorre como un calambre compartido. Aunque no lo digamos, todos sentimos que hace solo un par de segundos que hemos apagado la luz por primera vez, como si fuese esta tarde y no aquella tarde lejana cuando sacamos al pasillo las sillas viejas y los trastos polvorientos que los anteriores inquilinos habían dejado aquí, cegamos con una tabla el ventanuco de ventilación, extendimos cinta aislante en las rendijas, taladramos la pared para fijar las barras de las cortinas, tapamos el resquicio inferior de la puerta con un listón, remachamos los clavos, limamos las astillas de la madera del suelo, grapamos planchas de espuma en las paredes, cortamos segmentos a medida para cubrir los últimos rincones. Nos detuvimos ante los espejos, dos grandes tableros que ocupaban la mitad de una

pared desde el tiempo en que este sótano acogió clases de baile en el vecindario: discutimos qué hacer con ellos, quitarlos o dejarlos; hubo argumentos supersticiosos a favor de descolgarlos o cubrirlos con planchas, pero acordamos mantenerlos por lo excitante de entrar en una habitación oscura y sabernos replicados, aunque durante todos estos años, salvo si una mano rozaba la superficie fría, nunca nos acordamos de que aquí seguía habiendo un espejo muerto, que nuestros movimientos se duplicaban en negro. Pero hoy sí: hoy pensamos en el espejo como si no llevase quince años fundido, como si hubiésemos dejado de verlo hace solo un segundo, justo antes de apagar la luz, después de haber repasado las grapas de las paredes y reforzado el precinto de las rendijas y extendido las alfombras y traído los sofás y colchones y encendido una linterna que ensanchó nuestras sombras en las paredes y permitió desmontar el tubo fluorescente del techo, para a continuación revisar de nuevo todo: pasamos la palma de la mano por suelos y planchas acústicas buscando algún filo que en lo oscuro pudiese arañarnos; estiramos bien las alfombras y las clavamos a la tarima para evitar pliegues donde tropezar; y una vez comprobado todo, cerramos la puerta y corrimos la cortina interior. Nos miramos unos a otros, repartidos por la estancia como ahora estamos, quizás al entrar hoy nos hemos sentado inconscientemente en el mismo sitio que ocupábamos aquel día inaugural, cuando la linterna nos deslumbró al identificarnos en su recorrido circular como si nos fuese despidiendo uno a uno. El espejo devolvió un fulgor, su última palabra. Y entonces apagamos la luz, una luz que no ha vuelto a encenderse desde entonces y que hoy esperamos como si en cualquier momento fuese a alumbrarnos para cerrar el círculo, doblar el folio, plegar el tiempo, completar la simetría que debería llevarnos, como en una moviola invertida, a ponernos ahora en pie, abrir la cortina y la puerta, instalar de nuevo el fluorescente en el techo, desclavar las alfombras, sacar los sofás y colchones, arrancar

las planchas de espuma que aíslan las paredes, despegar la cinta de las rendijas, liberar el ventanuco, desatornillar la barra de la cortina, sacar todos los materiales y volver a meter en la habitación las sillas viejas y los trastos polvorientos que un día almacenó, antes de salir al pasillo y cerrar tras nosotros la puerta que aquel día abrimos.

Pero habría que ir un poco más atrás, remontar aún más el tiempo, no quedarnos en aquella tarde inaugural en que cegamos ventanas y acolchamos las paredes. Habría que retroceder unas cuantas semanas más, hasta la primera habitación oscura, que en realidad no fue oscura, no del todo; y tampoco fue habitación, no esta. Pero sin aquella primera oscuridad, accidental, inesperada como fue, no estaríamos hoy aquí, sentados en círculo, sin vernos aunque adivinándonos unos a otros como si nuestros ojos se hubiesen adaptado después de tantos años. Aquella primera vez: hacía solo dos meses que alquilábamos el local, y aunque la habitación siempre estuvo aquí, al fondo de un pasillo tras bajar la escalera, solo la habíamos abierto el primer día, cuando el propietario nos dio las llaves y tomamos posesión eufóricos: inspeccionamos hasta el último rincón del local, abrimos esta puerta y decidimos que nos valdría como trastero. Aquella primera vez: era sábado, y por entonces nadie faltaba a la cita. El resto de la semana íbamos y veníamos, nos cruzábamos a veces, cada uno usaba el local para lo que necesitaba: despacho de trabajo, sala de estudio para quienes todavía estaban en la universidad o preparaban oposiciones, taller para aficiones que exigían más espacio del que permitían un piso o un dormitorio todavía en casa de los padres, lugar tranquilo donde el clarinetista podía estudiar sin quejas vecinales, y algunas noches picaresco, alcoba discreta donde culminar salidas nocturnas, para lo que también establecimos turnos. Pero los sábados estábamos todos, usábamos el local como antes el salón

de algún piso compartido, los bares o las explanadas de asfalto con el maletero del coche abierto. Aquella primera vez: fue posible porque éramos otros, no estos que ahora aguardamos nerviosos, casi podemos oír los latidos de quienes nos rodean. Éramos otros, por eso ocurrió: si nos hubiese pasado diez años después, nuestra reacción habría sido distinta, al irse la luz habríamos bromeado y reído a oscuras pero sin acercarnos, respetando esas distancias corporales que el tiempo va ensanchando. Y si nos hubiera pasado quince años más tarde, es decir, si nos hubiese pasado a los que somos hoy, buscaríamos a toda prisa mecheros y pantallas de teléfono para restablecer la vista, y a continuación llamaríamos a la compañía eléctrica para protestar. Pero entonces no, entonces éramos otros. Si hoy evocamos aquella primera vez la memoria nos burla, porque en la fotografía del recuerdo nos vemos pero no como éramos, sino como somos hoy. Con las ropas juveniles de entonces, sí, repartidos por los sofás de la planta de arriba como aquel día, pero en realidad con los cuerpos de hoy, con estos rostros que han acumulado gravedad, cansancio, desgaste; nos cuesta recordar quiénes fuimos. Tendríamos que hacer girar otra vez la moviola hacia atrás, desandar el tiempo para restaurar lo perdido y vernos como éramos. Haz la prueba, gira la manivela con fuerza y verás cómo la vida se revierte y según retroceden los años nos vamos quitando todo lo que hoy nos pesa; vemos cómo la piel se estira, borra sus manchas y recupera brillo, la carne aflojada se endurece, las ojeras se absorben, la columna vertebral se endereza, miles de pelos salen arrastrándose de los desagües para volver a ensartarse en el cuero cabelludo, el diente que alguien perdió regresa a su encía de donde expulsa al implante que se hizo pasar por él; vemos neuronas resucitar, células despertar para reconstruir músculos, huesos, órganos; la grasa se diluye en las arterias, el hollín de los pulmones se desprende y sale por las fosas nasales de vuelta a las chimeneas, tubos de escape y colillas que des-

de el cenicero crecen hasta volver a ser cigarrillos; litros de lágrimas evaporadas o desecadas en pañuelos y mangas se licuan y remontan a contracorriente las mejillas hasta introducirse en las glándulas lagrimales; si giras más rápido conseguirás que los hijos mengüen hasta volver al útero y se compriman en un óvulo que se reimplanta en el ovario no sin antes expulsar varias gotas de semen al exterior que se unen a toda aquella semilla dispersa por vaginas, preservativos y trozos de papel higiénico para meterse en las vergas originarias con la misma fuerza con la que un día salieron; si entre todos aceleramos la manivela conseguiremos que la habitación entera gire y en el torbellino los muertos que en estos años enterramos recompondrán sus órganos bajo tierra para salir de ataúdes y nichos sacudiéndose la tierra o, más difícil todavía, resurgirán de partículas de ceniza que desde una playa resisten el viento para volver al interior de la urna y de allí al crematorio donde el fuego los convertirá otra vez en cuerpos que al salir del horno serán llevados al hospital para abrir los ojos en una cama mientras los tumores se reducen y las células rechazan las radiaciones. Gira la habitación, el planeta entero invirtiendo su deriva para que borremos la firma de contratos de trabajo, hipotecas y libros de familia, para que deshagamos mudanzas volviendo a empaquetar todo, para que devolvamos a las fábricas y a la tierra todo lo consumido, y viajemos de espaldas por otros países dejándolos de conocer, y escupamos docenas de uvas de fin de año y vomitemos toneladas de comida y alcohol y saquemos de las venas medicamentos y sustancias tóxicas, y anulemos decisiones y revirtamos rupturas y solo así, rehaciendo todo ese camino de regreso, seríamos capaces de ser otra vez aquellos que un día se quedaron a oscuras por primera vez. Nosotros, los de entonces.

Ahora sí, míranos, hemos completado el viaje hacia atrás. Ahí estamos: aquella primera vez. Estamos todos, incluso

quienes hoy faltan. Apenas se entienden nuestras conversaciones porque hablábamos todos, con carcajadas exageradas y la música tan alta. Si te fijas en algún reloj de los que asoman bajo las mangas comprobarás que era ya noche avanzada, llevaríamos tres o cuatro horas bebiendo y fumando, puedes medirlo en el espesor grisáceo del aire, en los ceniceros llenos y las botellas vacías, en la ronquera de alguna risa o el enrojecimiento de los ojos, la dilatación de las pupilas nos animaliza la mirada. Al fondo, en el sofá del rincón más próximo a la escalera, casi en penumbra, puedes ver a dos parejas que ya se habían apartado del grupo y se comían simétricos, cada pareja en un extremo del sofá. No vemos bien quiénes son, pero no importa, podríamos ser cualquiera de nosotros, en aquel tiempo los emparejamientos eran cambiantes. De repente, como en un parpadeo simultáneo, estábamos a oscuras y la música cesó. La invisibilidad no era total, fíjate, nada que ver con esta ceguera de aquí dentro: por las rendijas de la persiana entraba algo de claridad, escasa pero suficiente para distinguir nuestros bultos repartidos por la sala, siluetas negras que empezaron a reír y gritar, silbidos, hasta que alguien abrió la puerta y salimos a la calle para comprobar que no éramos los únicos sin luz. Ahí estamos, en la acera, tambaleándonos y estremecidos de frío, descubriendo una noche impropia de la ciudad: las farolas apagadas, los edificios con tan solo un destello de linterna o de mechero en alguna ventana, el parque cercano como un horizonte de repente inmenso, y arriba lo más sorprendente, aunque la mayoría estábamos demasiado borrachos para apreciarlo: el cielo, las estrellas visibles como hacía siglos en la ciudad, su brillo venido de millones de kilómetros y que esa noche encontraba un reconocimiento negado por décadas de alumbrado eléctrico. No sabíamos si el apagón se extendía por el barrio o la ciudad entera, el planeta todo fundido, hacia donde miramos no encontramos más destello que los faros de un coche que nos deslumbró un instante. Regresa-

mos dentro, y al cerrar la puerta desaparecimos, solo entraba por la ventana ese mínimo esplendor de luna y estrellas que todavía daba forma a la calle. Ahí nos tienes otra vez, convertidos en sombras ebrias que chocan unas con otras. Alguien prende un mechero, su cara asoma monstruosa sobre la llama hasta que otro se lo arrebató de un manotazo: apaga eso, quedémonos mejor a oscuras. A partir de aquí solo intuimos desplazamientos de volúmenes, oímos el ruido de botellas vacías por el tropezón de alguien, las risas de los demás, y es nuestra memoria la que enciende una luz falsa para alumbrar lo que cada uno recuerda como si lo hubiese visto, cuando en realidad todo era ese sacudirse de sombras. Uno intentó sentarse en el sofá y lo hizo sobre otro que ya estaba ahí, y al ser empujado se volcó sobre otra que a su vez cayó encima de unas piernas en el sofá de enfrente. Nadie dijo palabra alguna, solo reíamos o gritábamos, y en seguida participábamos todos del juego de empujones y caídas, desde el suelo nos levantábamos para volver a desplomarnos, gateábamos y al adelantar la mano topábamos con una cabeza, una espalda, un pecho, empujábamos y éramos empujados, caíamos sobre los que ya habían caído, los quejidos eran acallados por las risas, si alguien buscaba refugio en un sillón encontraba que ya tenía inquilino, uno, varios, imposible saber cuántos en aquella confusión de brazos, piernas, cabezas amontonadas y desplazadas por el estrecho cuadrilátero que marcaban los sofás. Una cara se encontró pegada a otra cara, sus alientos alcohólicos se imantaron, la lengua entró con fiereza, dientes chocaron, manos agarraron con fuerza cabezas para no dejarlas escapar, cuerpos rodaron, una nariz se clavaba en una oreja y al girarse encontraba otra boca caliente, una mano se metió bajo una camiseta, otra forcejeó con botones sin saber qué encontraría debajo, sonó una cremallera, una uña lastimó un pezón, diez dedos disputaron por un mismo broche. Nos dimos cuenta de que teníamos los ojos

cerrados cuando el fogonazo traspasó los párpados, al volver la luz.

Cuántas veces hemos recordado aquella primera vez, cuántas veces en estos años. Ahora mismo, cuando esta última reunión a oscuras se convierte en un viaje en el tiempo, cuántos de nosotros nos cruzamos en un mismo recuerdo, el de aquella noche que pesó durante los días siguientes, con escozor de resaca pero también con la viveza de un deseo que nadie nombraba mientras esperábamos otro apagón, otra avería eléctrica que nos devolviese al momento en que la compañía restableció el suministro en el barrio, en la ciudad, en el planeta, y la bombilla revivida nos inmortalizó en un cuadro de cuerpos enredados, paralizados en el último gesto que creíamos invisible a los demás: la lengua en otra boca, un pecho al aire, un pantalón por los tobillos, dos cuerpos volcados sobre un sofá y una tercera mano intrusa entre ellos. Tardamos unos segundos en recomponernos, rígidos, contuvimos la respiración y no soltamos la presa hasta que asumimos que la luz había vuelto para quedarse, que no era un chispazo aislado, no podíamos seguir contando con el amparo de la oscuridad. Bastó que alguien se incorporase para que el nudo se soltase y todos nos separásemos. Nos desenredamos, recolocamos la ropa y nos pusimos en pie, sofocados y confusos, algunos escaparon a la calle con la excusa de comprobar que la electricidad había vuelto a todo el barrio, otros encendieron cigarrillos o echaron hielo en un vaso. Alguien puso música, nada que decir, azorados, incapaces de más que una risa nerviosa, intentábamos reanudar una conversación pero las frases languidecían y si nos mirábamos a los ojos leíamos con facilidad otra conversación que en subtítulos circulaba bajo las palabras oídas. Poco a poco abandonamos el local, la reunión terminó antes de lo habitual e inauguramos un tiempo de espera que nadie sabía cuánto duraría, si se-

ría un paréntesis o no habría regreso. Durante dos semanas esperamos otro apagón, nadie lo decía pero todos lo esperábamos. No hablamos de lo sucedido, ni siquiera cuando coincidíamos en el local entre semana. No nos pesaba vergüenza, lo ocurrido no era muy diferente de otros arrebatos de promiscuidad en que habíamos cruzado emparejamientos en una misma noche. No era vergüenza sino el temor de que nombrarla arruinase la experiencia, impidiese su repetición. En realidad nunca hemos hablado de aquel primer día, el pacto de silencio que después nos impusimos respecto a todo lo que ocurriese en la habitación oscura lo hicimos extensible a esa primera vez, y todavía hoy, si alguien se atreviese a romper el silencio y propusiera hablar de aquello, se quedaría solo, escucharía el eco de su voz sin réplica. No hablamos de ello cuando volvimos a reunirnos al sábado siguiente, todos juntos de nuevo en el local, de noche, con la luz encendida. No faltó nadie, como si ausentarse fuese una forma de censura, de renuncia, pero ninguno puso voz a un recuerdo que cuanto más silencioso, más pesaba en el ambiente, más entorpecía las conversaciones y más falseaba las risas. Habría bastado que alguien se pusiera en pie, apagase la música y, a la manera de quien propone un brindis, dijese: ya está bien, dejémosnos de tonterías y hablemos de lo único de lo que podemos hablar, de lo que llevamos toda la semana masticando, de aquello cuyo recuerdo nos ha excitado a solas y nos ha llevado a masturbarnos con los ojos cerrados. Pero no, nadie dijo nada así, nos esforzamos en levantar conversaciones que no alcanzaban para cubrir los silencios, mirando el fondo del vaso o el techo emborronado de humo, y ni siquiera el sofá del rincón tuvo inquilinos esa noche, como si nadie quisiera apartarse del grupo en previsión de un segundo asalto que no se produjo y que nos hizo esperar otra semana, alargar el paréntesis otros siete días durante los que nos esquivamos, apenas nos cruzamos al entrar o salir del local, hasta llegar a un nuevo sábado: decisivo por estar

lo suficientemente cerca de aquel día como para mantener en tensión el deseo, pero lo bastante lejos como para arriesgar su extinción si dejábamos pasar otra semana; podía pasar que no se repitiese y quedase para siempre como un episodio fugaz, un recuerdo de álbum que, con el tiempo y ya desactivado quizás fuésemos capaces de contarnos divertidos, os acordáis de aquella noche que se fue la luz, qué locos éramos, qué jóvenes. Así que, dos semanas después del apagón, volvimos a encontrarnos todos en el local. La expectación se percibía en la impaciencia con que atendíamos diálogos, en lo prolongado de los silencios, en el disco que terminó y nadie se levantó a cambiar, en todo lo que bebimos y fumamos de más esa noche, en la risa imbécil que secundamos cuando un intercambio de miradas encendió un enorme neón donde estaba escrito lo que todos callábamos. Reímos durante unos segundos, con algo de alivio por decirlo todo sin pronunciar una palabra, pero también estiramos la risa como si convocásemos lo que vendría después, pues tras esa risa de reconocimiento no podíamos ya regresar a la conversación anterior, y por eso no hubo sorpresa cuando alguien, sin anunciarlo, apagó la luz. Por unos segundos pareció que junto a la bombilla nos había desconectado a todos; permanecimos inmóviles, callados. No era como la otra vez, nos veíamos demasiado: la ventana tenía la persiana levantada y no dejaba entrar ahora la radiación de la luna y las estrellas sino el resplandor amarillo de una farola. Nos veíamos la piel, aunque ensombrecida, distinguíamos los ojos brillantes, los dientes blancos de risa congelada, hasta que otra mano, no sabemos si la misma del interruptor, tiró de la correa de la persiana y la dejó caer como una guillotina que con su golpe cerraba el paréntesis. Las rendijas todavía filtraban unos hilillos de luz, suficientes para que después de unos segundos las pupilas reconstruyesen el espacio y pudiésemos localizarnos, poco más que siluetas recortadas. No sabemos quién empezó, queremos creer que todos a la vez, que nadie vaciló ni es-